

Ma

Ester Díaz Blázquez



## Capítulo 1

### MA



Mujer semidesnuda reclinada. Acuarela. 1911. Egon Schiele. Observé su cara y no supe si estaba dormida o muerta. Algo me inquietó y continué el recorrido sin prestar más atención al cuadro. Bosque de Hayas I. Óleo sobre lienzo. 1902. Gustav Klimt. Intenté desgranar el cuadro. Ese bosque de árboles desnudos, que me recordaba a una estampa japonesa, debería invitarme a la contemplación. Pero no. Volví sobre mis pasos, me senté delante de la mujer semidesnuda reclinada y reparé en la pincelada blanca que perfilaba su cuerpo. Volví a maldecir el ma. El cuerpo de la mujer era igual que el de Elsa. Con la misma extremada delgadez.

Elsa era extravagante y divertida. Y le fascinaba todo lo japonés. La cultura, el arte, la comida, la música. A mí no me atraía lo japonés pero me fascinaba Elsa, así que alentaba su fascinación por todo lo que se refería a los nipones. En el jardín de casa plantamos dos cerezos y en primavera, cuando empezaban a florecer, ella me hacía un ritual que se había inventado. Arrancaba flores del cerezo, se embadurnaba de aceite, pegaba los pétalos por todo su cuerpo y se pintaba la cara con polvos de arroz. Aparecía así, desnuda, y bailaba una danza al son de alguna pieza de hougaku. A mí me parecía sensual y divertida. Compraba compulsivamente libros sobre Japón. Un día cualquiera llegó a casa con un libro sobre el ma. Y comenzó, con la emoción que le caracterizaba, a explicarme lo que significaba. Demasiado conceptual para mí, pero pude comprender que era una pausa, un intersticio entre dos cosas. Que se aplicaba en la arquitectura, en el cine, en la pintura. Me ponía ejemplos; ¿recuerdas en "El sabor del sake", los silencios? Eso es el ma.

Comenzó cambiando nuestra cama de matrimonio por dos camas. Es importante esta pausa entre nosotros, me dijo. Unos días después, metió en el trastero los dos sofás y la mesa de centro y desnudó el vestíbulo de nuestra casa. Necesito meditar y los sofás me molestaban, y el vestíbulo vacío es el ma de esta casa. Ese espacio de tránsito entre lo que sucede

en la calle y lo que nos ocurre en casa, ¿entiendes?, nos vendrá bien. Creaba espacios/pausa por todas partes. A veces salía de su ensimismamiento japonés y volvía a ser la de siempre. Abría una botella de vino y hablaba sin parar. Siempre tenía cosas interesantes que contarme. ¿Te he contado que Fran ha dejado el despacho? Ha comprado una casa a las afueras con un invernadero enorme y va a cultivar orquídeas. Su intención es crear una semilla propia ¿no te parece genial? Elsa tenía un entorno muy particular que la hacía diferente.

En muchas ocasiones pensé que le atraía de mí. Yo soy un tipo normal. Con una profesión normal y una conversación normal. Nunca he tocado el cielo ni el infierno. Estoy ahí, en una especie de limbo que a mí me reconforta, porque nunca supe batallar con emociones extremas. Elsa sí. Ella era una sierra. Igual recorría el arco iris que se paseaba por los bajos fondos. Por el lado mas lumpen de ella misma. El descubrimiento del ma la dejó sin aliento para saltar y comenzó a meterse en sus adentros. Cuando llegaba a casa siempre la encontraba meditando y el sonido de esa flauta japonesa me ponía enfermo. Dejó de comer. Solo bebía sake y fumaba en una fina pipa de bambú y metal en la que iba poniendo pequeñas cantidades de tabaco. Inhalaba, exhalaba, y desaparecía entre el humo.

Me desperté y no estaba en su cama. Ella se levantaba mas tarde que yo. No la encontré en la cocina. Ni en su espacio en el salón. La descubrí desnuda en el frio suelo del vestíbulo. Su piel tenía un tono morado y sus venas parecían un remolino de líneas de la vida. Observé su cara, buscándola en todas las formas en que la conocía y no pude encontrarla.

Ester Díaz